

no debe vacilar nunca en afrontar una dificultad. Debo afrontar ésta del mejor modo posible. Lo cierto es que me he puesto en buen atolladero.

—Siempre he oído decir que el pecado, tarde ó temprano, sale á la cara,—dijo Mr. Tresham gravemente.

Milord se encogió de hombros.

—No sé á lo que llama usted pecado,—dijo.—Supongo que, después de esto, todo estúpido que pueda recoger una piedra, lo hará para echársela. No deje usted transcurrir mucho tiempo, Tresham, para seguirme á casa de lady Voyse. Necesito de un amigo que me conforte en las escenas que se desarrollarán allí.

—Dejaré transcurrir un solo día, milord; y, de lo profundo de mi corazón, quisiera que se viese usted libre de este sinsabor.

Y después, cruzadas unas cuantas palabras más, se separaron. Lord Dyncourt á lamentarse de su suerte, el abogado á examinar el contrato matrimonial otorgado cuando el enlace de milord con lady Clotilde.

Lady Dyncourt se sentía muy infeliz. Tenía un gran temor de lo que el mundo diría; temía sus sarcasmos; trunca el ceño al pensar en su desprecio; él, que había sido siempre agasajado, lisonjeado. Se representaba los artículos en que se comentaría su caso; las críticas de la prensa; el apellido Dyncourt expuesto á la pública execración. La reputación de hombre galante es una cosa; ser considerado como un favorito de las bellas, otra; pero acabar la vida de una criatura como lady Clotilde, era enteramente distinto.

—No ha habido un Dyncourt suicida,—se dijo milord.—de otro modo, me pegaba un tiro.

Tan sólo un rayo de consuelo lucía para él. Suponiendo que llegase lo peor, que lady Clotilde se separase de él, que se le obligase á reconocer su primer matrimonio, quedaba una ligera compensación: encontrarse con un hijo y heredero.

—Chasquearé al imbécil que tiene la convicción de heredarme,—pensó sonriendo.

Y que lord Dyncourt sonriese, era una señal clara de que no le mataría la pena.

Aquella misma tarde recibió Silvia una esquela de lady Clotilde. Decía simplemente:

—Mi querida Silvia: Mañana marcho á casa de mi madre, lady Voyse, que reside en su posición de Amphil Park, donde se arreglará todo lo concerniente á su futuro; y tenga usted la seguridad de que muy pronto ocuparán usted y su hijo la posición que les corresponde."

Silvia derramó candentes lágrimas sobre la firma de "Clotilde Voyse."

—Le es tan cruel,—dijo,—y, sin embargo, ella lo quiere así! Yo hubiera callado, pero ella no ha querido permitirlo.... ¿Cómo terminará esto? No veo más camino que la muerte.... pero no oso pensar quién morirá.

Tiempo después, estas palabras volvieron á ella como una profecía. Ya el ángel destructor empuñaba su guadaña y la sombra de la muerte

se cernía sobre uno de los tres cuyos intereses estaban tan fatalmente enlazados.

Aquella noche estaba lady Clotilde sola en su habitación. Había hecho todos los preparativos para el viaje de la siguiente mañana; había ahuyentado con mano fuerte y férrea voluntad, toda pena y amor, toda angustia y desesperación que querían inundar su alma como las olas furiosas inundan la playa.

—Tiempo tendré después para la pena,—se dijo,—cuando establezca mi triste vida, y me convenza de que he de pasarla sin Basilio.

La camarera sintió inmenso asombro cuando su ama la ordenó que empaquetase sus cosas.

¿Salía de Londres en lo más animado de la "season?" ¿Qué significaba aquello? Pero no pudo descubrir nada en el pálido, sereno rostro de lady Clotilde.

—No se oculte usted de recoger las joyas,—dijo milady gentilmente.—Yo escogeré las que pienso llevarme.

Cuando el centelleante, valioso contenido de los estuches estuvo ante ella, tomó las joyas que había traído de su casa cuando se casó; pero los riquísimos aderezos de los Dyncourt, valiosos despojos de alguna comarca oriental, diamantes, perlas y rubíes, fueron apartados á un lado; los costosos presentes de su marido siguieron la misma suerte.

—No "era" su esposa,—se dijo con el corazón desfallecido,—y no tengo derecho á ellos.

El ansia de arrojarle al suelo y mesarse los cabellos, y prorumpir en sollozos, era tan intensa, que la hacía sufrir físicamente; pero pudo reprimirlos.

—Tiempo sobrado habrá para llorar,—se dijo,—cuando me vaya y el hecho quede consumado.

Los cofres, ya arreglados, tomaron el camino de la estación, y los estuches, colocados de nuevo en su puesto. La camarera se retiró á su cuarto y lady Clotilde se encontró mas sola de lo que las palabras pueden expresar; sola, con las ruinas de su vida en torno.

Entonces, la tempestad de pena que no podía refrenar más, se desencadenó con toda su violencia. ¿Volvió Dios sus ojos hacia aquellas amargas lágrimas? ¿Hubo jamás mayor angustia en corazón alguno?

Los felices días de su feliz amor volvieron á su memoria; los felices días de su vida de casada, antes de que ninguna nube oscureciese la pureza de su cielo azul.

CAPITULO XIX

Hubo cierta sorpresa en Dyncowold House, cuando se supo que los señores marchaban subitamente, dejando la capital cuando la "season" estaba en su período más brillante y las fiestas del gran mundo más numerosas; pero esta ligera sorpresa desapareció cuando se supo que el destino era Amphil Park. Milord llevaba consigo á su ayuda de cámara, pero milady había negado á que su camarera fuese con ella.

Era grandemente querida la digna, la gentil, distinguida dama, que jamás se dirigía á un inferior sino en los términos más corteses, que tomaba un bondadoso interés por todos sus dependientes, cuyas manos siempre estaban prontas para consolar á los afligidos y socorrer á los necesitados. No había miembro en la casa que no tuviese una generosa acción, una palabra de simpatía, algún rasgo de benevolencia de ella. No había uno á quien ella no hubiese asistido de palabra ó obra, y en aquella, la última vez que la veían, la miraban ansiosamente, preguntándose qué podía haber hecho desaparecer el contento de su rostro, y porqué estaba tan calurada, tan fría, tan oca.

El carruaje debía estar dispuesta á las once y media; el tren salía de la estación de Easton Square á las diez, y llegaba á Amphil á las tres. La víspera había dado el último vistazo á los departamentos de aquella casa, donde había pasado las horas más felices de su vida. Los había recorrido con tranquilos, serenos ojos, dando un quieto adiós á cada uno de ellos, á todos los lugares que la hacían evocar algún feliz momento; y nadie notó el mundo de agonía que abrumaba su ser.

Lord Dyncourt, que era quizás, el más infeliz, porque no tenía el consuelo de una limpia conciencia, que era más misero de lo que es posible imaginar, le había suplido una entrevista á lady Clotilde; pero ésta se negó terminantemente.

—Es del todo inútil,—escribió,—mi resolución es inquebrantable, y una entrevista sólo serviría para apenarnos más. No recurrimo á nadie. Le suplico que nos ahorremos inútiles palabras."

Y así, con un suspiro de resignación por lo que él creía evidentemente su mala suerte, milord no insistió. Y ya no vio más á milady, hasta la hora de marchar; la vió en el zaguán, vistiendo su traje de camino. Pocas palabras se cruzaron entre ellos; un cortés saludo, para cubrir las apariencias. Nadie se percató de la pena, la angustia, la desesperación que oprimía aquel gentil corazón. Después lady Clotilde ocupó su asiento, y el carruaje rodó por la calle; salía de Dyncowold House para siempre.

Una oración, implorando misericordia, asomó á sus labios al mirar por última vez la mansión querida; la oración fué oída y aceptada.

Todos los periódicos de Inglaterra han contado el resto de la historia con gran lujo de detalles; el "Choque de Amphil," su título de actualidad, no ha sido olvidado aún, pues accidente más terrible no ha ocurrido desde que arrullan trenes. Toda Inglaterra se estremeció á su lectura. Tantos muertos, tantos heridos, tantos inutilizados de por vida, tanto horror y desolación, todo dimanado de una insignificante causa: un rendido, fatigado, mal retribuido, guarda-agujas que se durmió, dejando que un expreso se precipitase, al entrar, sobre otro que salía. Las gentes leían y se encogían de hombros indignadas, preguntándose cuándo terminaría aquel estado de cosas y el público podría viajar seguramente. Después, tras un interminable sumario que no quedó en nada, se pagaron algunas in-

La primera plegaria que había proferido hacía muchos años, tembló en sus labios, y después demerizaciones, se hicieron algunas cesantías, el guarda-agujas fué procesado y el "Choque de Amphil" pasó al rango de efeméride, y ejemplo cuando se ponía á discusión la seguridad de las líneas.

Fué un terrible accidente, en el que los carruajes de primera llevaron la peor parte. La colisión tuvo lugar en un terraplén, y tres vagones, rotos los enganches, se precipitaron abajo. En uno de éstos iban solos lady Clotilde y lord Dyncourt. La mañana era tan clara y risueña, que todo pensamiento de muerte hubiera estado fuera de lugar; realmente, esta idea no se le había ocurrido á ninguno de los viajeros.

Resplandecía el sol alegrando la campiña con sus rayos. Los setos ostentaban su verde más alegre, y los escaramujos y las madrevelas embalsamaban el aire. Los pajarillos cantaban á mas y mejor; la brisa hacía ondular el follaje, y la tierra enviaba sus plegarias al cielo.

Lord Dyncourt había permanecido silencioso. Una ojeada al melancólico rostro y la angustia que se pintaba en aquellos hermosos ojos le dijo que las palabras eran inútiles.

Pero la belleza del día, la pintoresca campiña, el aromoso ambiente, impresionaron su profundo amor á la bella y placentera, y volvióse á ella diciendo:

—Clotilde, ¿quieres creer que daría la vida por deshacer lo hecho?

El tren se aproximaba al fatal terraplén; ambos habían guardado hasta entonces un silencio no interrumpido.

Un tierno destello de luz borró la fría expresión de su semblante.

—Lo creo, Basilio.

Y éstas fueron, quizás, las últimas palabras que pronunció lady Clotilde.

Sobrevino un repentino choque; una violenta sacudida que pareció recorrer á lo largo del tren. El la miró con pálido, espantado semblante.

—Me temo que no sea un accidente,—dijo levantándose, como instintivamente para protegerla.

Mientras vivió, le complacía recordar que no había de él, sino que le miró con débil sonrisa. Al aumentar el horror y el sonido de aterradas voces, ella murmuró:

—¿Vamos á morir, Basilio?

—Así lo temo,—contestó él con temblorosa voz.

—Gracias á Dios, que quizás no te haga morir!

Aun en aquel momento, lord Dyncourt, ante un radiante era la luz en el rostro de Clotilde; después densa oscuridad y horror le sobreogieron; yacía, abrazado á ella bajo el destechado carruaje, que había rodado por una de las vertientes.

Estaba impotente para hacer el menor movimiento; la profunda agonía que al principio había recorrido sus miembros, fué sustituida por un extraño aturdimiento; apenas podía pensar; la facultad del pensamiento parecía haberse extinguido en su cerebro.

todo fué olvidado. Horas después, cuando lord Dynecourt abrió los ojos, encontróse en un cuarto de la fonda de Amphil, y la primera noticia que tuvo fué que lady Clotilde había sido retirada de sus brazos, muerta.

¿No era mejor así? ¿Sólo Dios lo sabe! El escapaba de la muerte y del escándalo, y mejor aún, fué objeto de la conmiseración y simpatías de todo el mundo. Todo lo que se supo fué que se dirigía con su esposa á Amphil, y que ella había muerto salvándose él, pero sólo para quedar inutilizado para toda su vida. Transcurrió algún tiempo antes de que se supiera más; y cuando esto fué necesario, la noticia se comunicó á un pequeño círculo.

¿Fué mejor para ella? ¿Innecesario es preguntarlo! Una mirada en el hermoso rostro con inefable paz pintada en los labios y en la frente, respondía á la pregunta. Ella había escogido la mejor, más elevada y noble parte; había sacrificado su corazón y su vida en el altar del deber; pero lo que este sacrificio le hubiera costado y lo que había sufrido al hacerlo, nadie más que ella lo sabía.

El cielo había sido misericordioso con ella; su preclaro nombre, la santidad de una vida que ella había creído su vida de esposa, su susceptible dignidad, su profundo sentido del honor, habían quedado á salvo; su nombre no sería la comidilla del vulgo y objeto de artículos sensacionales; su historia no sería asunto de hablillas, ni su angustia sería discutida en los círculos elegantes.

El precio de su libertad había sido su vida, y las mujeres de honor, muchas veces, no pensarían en regatearla.

Por una vez, la buena sociedad tuvo un no fingido sentimiento. Lady Clotilde no sólo había sido amada, sino altamente estimada. Nadie le encontraba falta, y su prematura muerte fué sinceramente lamentada.

No sabían, los que lamentaban su pérdida, que la vida se había convertido para ella en una carga difícil de soportar; no sabían que su súbita, rápida y terrible muerte, era una bendición encubierta. Nadie protestó cuando en la blanca losa de su tumba se puso esta inscripción:

LADY CLOTILDE DYNECOURT

Sólo tres personas sabían que este nombre jamás había sido suyo; lord Dynecourt, que estaba entre la vida y la muerte; Mr. Tresham, que no lo descubriría jamás; y Silvia, que hubiera dado su vida por la que había sido arrebatada.

Así, lady Dynecourt fué á la tumba y el mundo no conoció jamás su historia.

Lord Dynecourt estuvo gravemente enfermo durante algún tiempo. Con frecuencia se pensó que jamás se recobraría, y era casi de temer que él no deseara vivir á tanta costa. Quedaba imposibilitado, incapaz de andar, moverse con libertad, y manco; y para un alegre, hermoso y gallante hombre de mundo, semejante destino era peor que la muerte.

Tuvo sobrado tiempo, en el lecho del dolor, para arrepentirse de sus culpas, para formar mejores propósitos con respecto al futuro, para lamentar su locura y para aprender la lección que tantos aprenden demasiado tarde: que la honradez y la rectitud, los elevados principios y el honor, son para el hombre más seguros guías que el permitirse todo placer y todo ocioso capricho.

Aprendió esta lección. Se hizo un mejor y más prudente hombre; pero el precio pagado por esta lección, había sido terrible.

Cuando se recobró un tanto y empezó á comprender algo de lo que pasaba en torno suyo, le hablaron de los funerales de lady Clotilde y del hermoso panteón erigido á su memoria. Nadie comprendió la ansiedad con que preguntó qué inscripción se había puesto en la lápida; nadie supo porqué sus ojos se llenaron de lágrimas y temblaron sus labios cuando se le contestó: 'Lady Dynecourt.'

Innecesario sería decir lo inmensamente que lady Voyse sintió á su hija; jamás volvió á ser lo que había sido.

Transcurrieron dos meses antes de que lord Dynecourt pudiese tomar parte aun en los más mínimos asuntos de la vida; y entonces su primera acción fué enviar por Silvia. Milford permanecía todavía en la fonda de Amphil, pues se había considerado peligroso un traslado. La llegada de la hermosa joven, vestida de riguroso luto, no excitó la curiosidad ni dió margen á comentarios.

Cuando ella le vió cuán enfermo, cuán demacrado y envejecido aparecía, no tuvo ya para él sino palabras de bondad. El extendió una mano suplicante.

—Esposa mía,—dijo,—mi verdadera esposa! Silvia, ¿podrás perdonarme?

Y en estas palabras ella leyó un pleno reconocimiento de su culpa.

—Silvia,—dijo lord Dynecourt cuando toda la vehemencia de la primera emoción hubo pasado,—¿quieres olvidar aquel miserable tiempo y ocupar tu puesto como esposa mía? Es la última compensación que puedo ofrecerte.

Ella se echó atrás con temblorosas manos.

—Soy indigna,—exclamó,—de ocupar el puesto de aquel ángel! Ella era la más noble de las mujeres; yo no soy sino una pobre, oscura persona.

El sonrió ligeramente, con algo de amargura en su sonrisa.

—Ah, Silvia!.... No es muy envidiable la posición que puedo ofrecerte. No soy sino el despojo de un hombre; mis fuerzas me han dejado.... la salud se ha ido. Los días en que caminábamos juntos entre el brezo y las rojizas colinas, han pasado, para no volver ya más; el mundo casi ha concluido para mí. Es casi una crueldad pedirte que me dediques tu dulce vida; eres todavía joven y hermosa. Y yo....

Y aquel hombre orgulloso escondió el rostro entre las manos y se echó á llorar como un niño. No hubiera podido hacer apelación que afectase más profundamente á Silvia. Sentóse junto á la cama y besó las pobres, desvalidas manos.

—No llores, amor mío,—dijo,—son tuyos mi

juventud y mi cariño; es tuyo el resto de mi vida. Pero es preciso que no la olvidemos nunca.... nunca.

El se estremeció, como si le hubiesen picado con un alfiler.

—Cuando yo la olvide,—dijo,—olvidaré que hay ángeles en el cielo, y aun de Dios mismo.

Transcurridos unos momentos, el enfermo inclinóse y dijo:

—Silvia, quisiera ver á mi hijo.

El rostro de Silvia se tiñó de vivo sonrojo. El niño que había sido abandonado, que había sido descuidado, cuya breve vida había sido considerada una carga, adquiría ahora desusada importancia. Sería, más ó menos tarde, el noble y elevado lord Dynecourt; aquel pequeño, casi olvidado Cirilo, que no había tenido más cariño que el de su madre.

—¿Me lo traerás? El único consuelo que tengo, en medio de tanta desgracia, es ese hijo que será, lo espero, una bendición para mí.

—Lo traeré,—dijo Silvia; y cumplió su palabra.

Volvió á los pocos días, trayendo consigo al hermoso y noble niño que tan gran parecido tenía con lord Dynecourt. Jamás hubiera éste experimentado emoción más viva que la que tuvo al ver á Cirilo. De sus ojos brotaron dos grandes y candentes lágrimas.

—¡Así, pues, éste es mi hijo!—murmuró con voz entrecortada.

Silvia era demasiado generosa para dirigirle el menor reproche. Hubiera podido decir: 'Sí, éste es el hijo que abandonaste á la merced del mundo.' Cirilo levantó sus claros ojos.

—¿Eres tú mi papá?—dijo.—Yo no sabía que tuviese papá. Le creía muerto.

—¿Me amarás, Cirilo?—preguntó lord Dynecourt después de una pausa.

—Sí; pero no te amaré siquiera la mitad que á mamá; eso no lo esperes.

Cuando lord Dynecourt estuvo en disposición de poder ser trasladado, pidió á Silvia que lo llevase al extranjero. Pero antes de salir de Inglaterra envió por lady Voyse, y le hizo una plena confesión de lo que había ocurrido. La pobre señora no quiso añadir sus recriminaciones á la miseria del infeliz estropeado, y como le vió sinceramente arrepentido, no dijo nada.

Envió asimismo, por el pariente que se creía el heredero de Dynecourt; se le presentó todo género de pruebas sobre la legitimidad de Cirilo, y, aun cuando grandemente decepcionado, tuvo que rendirse á la evidencia.

Después marcharon á Italia, y todo el mundo decía que lord Dynecourt había casado en segundas nupcias y que la nueva esposa era, si cabe, más bella y más gentil que la primera. Años después se supo que Cirilo era el heredero, y parte de la verdad fué conocida. Después murió lord Dynecourt, y nadie puso en duda los derechos del hijo.

Lord Dynecourt tuvo una idea que hizo muy feliz á Silvia. Hizo referir á ésta todo lo que había ocurrido desde que recibió su carta, y entonces supo cuán profundamente le había ama-

do, y cómo su pérdida casi pudo llevarla á la muerte.

—Es preciso que yo vaya y vea á ese Mr. Douglas,—dijo milord,—merece mis gracias y se las daré. A él le debo tener ahora una esposa y un hijo.

Fué, y estuvo tan profuso en su gratitud, tan munificente en sus regalos, que el buen sacerdote no conoció ya privaciones mientras duró su vida. Lord Dynecourt no olvidó á uno solo de los que fueron buenos para su mujer; todos fueron recompensados.

¿Era Silvia, lady Dynecourt feliz? Nadie lo sabía. Dedicó tiempo y pensamientos á su marido; pero aquellos que la conocían y amaban, notaban algo de tristeza en su bella faz, una sombra en los dulces ojos, que no expresaban, ciertamente, una dicha perfecta. Su vida no era de las más alegres, ni abundaba en distracciones, sino que estaba llena de activos deberes, y esto, para algunos seres, no es ser del todo infeliz.

Mrs. Greville no volvió á casarse; y cuando Silvia volvió para ocupar su puesto en el gran mundo, como lady Dynecourt, fueron más amigas que lo habían sido nunca.

Su elevación causó placer á todo el mundo, pues se había hecho muchos amigos y pocos contrarios. Lord Dynecourt fué considerado como un afortunado mortal en medio de su postulación.

Vivió diez años después de su unión con Silvia, y murió dejándola una de las mujeres más hermosas y ricas de Inglaterra.

Abranse los periódicos y véase cuál es casi siempre el primer nombre que aparece en las listas de cualquier empresa caritativa; véase quién es protectora de toda institución que tenga por objeto la beneficencia; véase quién ha fundado esas magníficas casas para los niños y los desamparados; la que aboga calurosamente por la causa de los desvalidos y los infortunados; la que ha empleado casi más de la mitad de su cuantiosa fortuna en beneficio del prójimo: lady Silvia Dynecourt.

Durante la vida de su marido, reconcentró en él su atención y sus pensamientos. Estudió los deberes de su alta posición y los llenó hasta el punto de granjearse la admiración de cuantos la conocían. Era una de las reinas de la sociedad; pero, esto no obstante, ningún deber doméstico quedaba olvidado. Ocupaba una de las posiciones más elevadas de Inglaterra; pero su sencillez, su pureza, la modesta gracia que siempre la había distinguido, persistían en ella, y le captaban las simpatías de todo el mundo.

La noble y exaltada dama, cuya vida, según nos dicen los poetas, es pura y serena, tenía de lady Silvia Dynecourt el más elevado concepto; nadie era con mayor frecuencia invitada á la Corte, ni más bondadosamente acogida.

Llegó un día, como sucede á todos, en que las penas de su vida fueron para ella una triste memoria, mejor que una amarga realidad; en que se desvanecieron ante los activos deberes que no la dejaban tiempo para recordar.

Uno de los lugares favoritos de lady Silvia era la galería de pinturas en Dynewold House. Ja-

más entraba allí sin recordar la profecía de lady Clotilde, y preguntarse si la sombra gris caía realmente allí. Por su aseo fué colocado el magnífico retrato de lady Clotilde junto al de lord Dyncourt.

Los que han visto aquel cuadro no lo olvidan jamás. Es lady Clotilde en toda la plenitud de su calma, aristocrática belleza; pero hay algo en él que atrae la atención, como no ha ocurrido con pintura alguna. Una luz en la frente, a la media claridad, se diría una aureola, una luz parecida á la que se ve en el rostro de los mártires, un algo de heroísmo en sus claros ojos. Se siente instintivamente que es la imagen de una mujer verdaderamente noble, una mujer de gran alma, capaz de las acciones más brillantes.

Durante los diez años que lord Dyncourt vivió al lado de su bella y amante esposa, en parte redimió las culpas de su juventud. Imposibilitado, no podía tomar parte activa en la vida, pero, bajo la tutela de Silvia, hizo todo cuanto le fué posible. Llegó á ser famoso por su caridad, por su generosidad sin límites y por la resignación con que soportaba su desgracia. Encontró en el hijo que un día abandonó, el mayor consuelo, y apoyo. Cirilo creció, hermoso en cuerpo, inteli-

gencia y alma. Las glorias de los Dyncourt no habían podido caer en mejores manos.

Después, cuando Basilio, lord Dyncourt, reposó en la tumba de sus mayores, sucedióle Cirilo, y llegó á ser, en pocos años, uno de los hombres más eminentes de Inglaterra. Durante mucho tiempo se negó á contraer matrimonio: el amor que profesaba á su madre, tenía algo de maravilloso. Declaró que no se casaría hasta que no encontrase una que se le pareciese. Esta "season" ha corrido el rumor de que la hija menor de los duques de Hartleigh, la hechicera y gentil lady Blanca, tiene grandes probabilidades de llegar á ser lady Dyncourt.

Lady Silvia vive en Dyncourt House, es muy raro que salga al campo; está atareada en la fundación de casas de refugio para aquellos jóvenes que quedan abandonadas en el mundo; no ahorra dinero ni fatigas, y su idea ha salvado más jóvenes de las que pudiéramos dar cuenta.

La dejamos bella, querida y respetada. Su historia hubiera podido ser diferente; pero Dios fué bueno para ella; y, aun cuando muchos peligros y tribulaciones se ofrecieron en el camino de su vida, nadie como ella cruzó con más nobleza y más resignación este camino á TRAVÉS DEL MUNDO.

FIN

EL PRIMER LADRON

(CUENTO)

Subiendo á ocupar mi asiento de bauqueta en la diligencia que iba de Laredo á Santander, me encontré con Pepe Linde, antiguo condiscípulo, de quien no había vuelto á saber nada desde que al terminar la carrera, salimos de la Universidad.

A pesar de los muchos años que habían pasado, me reconoció en seguida.

Después de las expansiones propias de antiguos compañeros de aulas, que por un simple azar vuelven de pronto á encontrarse cuando menos lo piensan, yo quise darle una prueba de mi buena memoria, y le recordé un hecho de su vida estudiantil: una vez Pepe Linde, al ir á examinarse de Derecho romano, se volvió atrás y perdió el curso sólo porque había entrado á la sala de exámenes con el pie izquierdo y creyó ver en esto el augurio de una mala nota. Acogió mi recuerdo con una ligera sonrisa.

—¿Qué sigues siendo tan supersticioso como entonces?—le pregunté.

—No tanto...! —me contestó.—Pero aún no estoy completamente curado de esa manía.

Y al ir la diligencia avanzando por entre los altos árboles de la alameda de Laredo, una de las hermosas de toda la costa cantábrica, Pepe Linde se puso á contarme lo que desde los tiempos de la Universidad había sido de él.

De la carrera no había sacado ningún provecho. Ni siquiera había llegado á ejercitarla. Apenas tomó el título, consiguió que lo nombraran abogado de pobres, y le tocó la defensa de un criminal, á quien sólo se le podía condenar, á lo sumo, por muy mal defendido que estuviese, á unos cuantos años de prisión. Cuando Pepe Linde se disponía á estudiar la causa, el procesado se mató en la cárcel. Tan poca confianza le inspiraba su defensor, que se suicidó por miedo á que le dieran garrote.

Ante este fracaso anticipado, Pepe Linde se despidió para siempre de la toga, que no llegó á estrenar.

Podía permitirse rasgos de esos, perdiendo cursos y abandonando carreras, porque no necesitaba de su trabajo para vivir. Tenía en la Habana un tío, dedicado á grandes negocios mercantiles que le enviaba una cantidad mensual su-

ficiente para pasarlo bien, y como los giros se sucedían con perfecta regularidad, Pepe Linde, sin penas ni cuidados, no se ocupó más que en darse buena vida.

Sin embargo, en cierta ocasión estuvo á punto de lanzarse á los negocios; pero escarmentó en cabeza ajena, al ver arruinarse á un amigo que empleó toda su fortuna en acciones de una empresa de alumbrado eléctrico, de la que se esperaban ganancias fabulosas.

—En aquella ocasión, me convencí—añadía Pepe Linde—de que el mejor negocio es no tener ninguno.

—Para pensar así—le repliqué yo—hay que contar con un tío rico y generoso en la Habana.

—¡Ay—murmuró entonces.—Todo eso acabó ya! Te hablaba del pasado... Para mí el presente es muy distinto. Mi tío Tomás murió hace tres meses viajando por la isla de Cuba... Yo era su heredero... Esperaba una grande herencia... algo así como dos millones. Mas esa esperanza engañosa se desvaneció. El apoderado que mi tío había dejado en la Habana lo realizó todo á escape, fraudulentamente, y se dió prisa á desaparecer, llevándose el dinero... ¡Y aquí me tienes ya para siempre sin herencia y sin giro mensual! Como ahora necesito ganarme la vida, he tenido que tomar un empleo... ¡Y gracias que me lo han dado...! ¿A que no te figuras lo que ahora soy...? ¡Sorpréndete! ¡Soy inspector de policía de este distrito...! ¡Quién me lo hubiera dicho á mí cuando estudiábamos leyes! ¡Y aquí, á este rincón de la montaña, en el que no pensé nunca, he venido á parar!

Ayer mismo se firmó mi nombramiento, y voy á recogerlo á la capital de la provincia, de donde volveré mañana ó pasado mañana, para entrar desde luego en el ejercicio de mis funciones... ¿Eh? ¿Qué te parece?

Me quedé, en efecto, sorprendido ante aquel cambio que acababa de operarse en la existencia de Pepe Linde. En esto, su mirada se ensombreció, y el rostro de mi antiguo discípulo tomó un aspecto grave.

—Está preocupándome una cosa—murmuró.—¿Tendré suerte ó desgracia en la primera detención que lleve á cabo...? De ello depende el